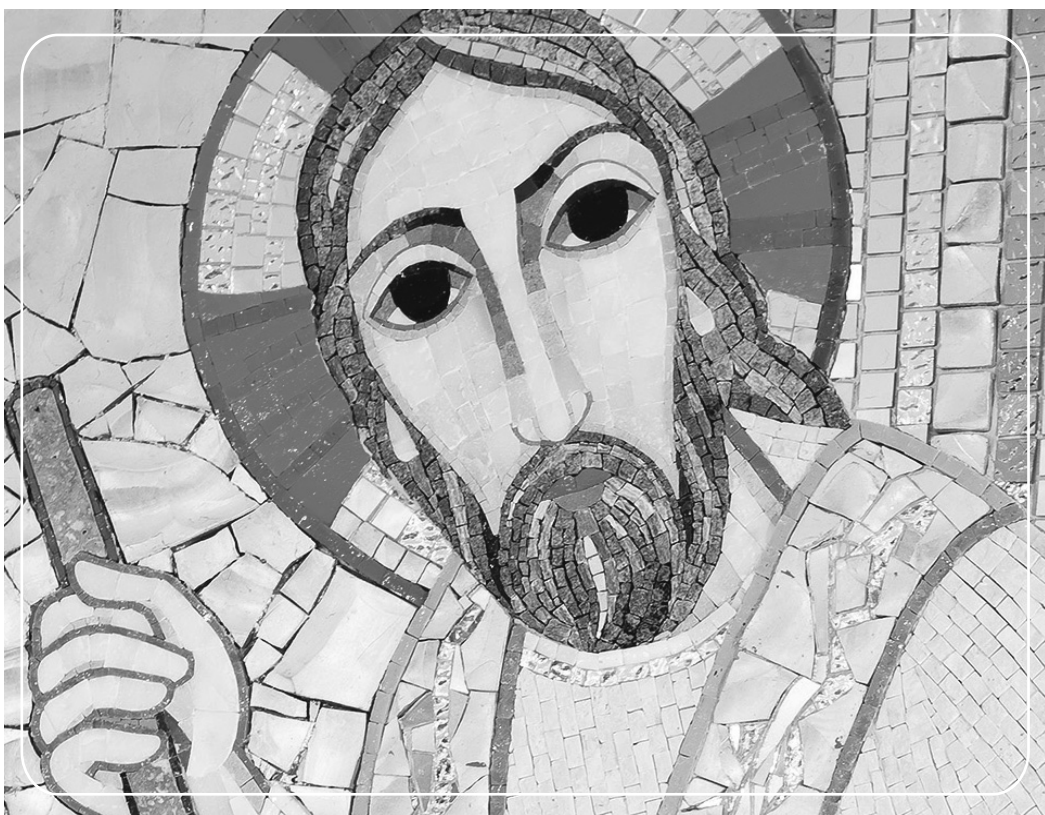


Sé de quién me he fiado

Día del Seminario 2013

Lectio divina



«TU FE TE HA SALVADO»

A modo de *lectio divina* (Mc 10, 46-52)

Hemos escogido este texto porque en él se hallan presentes aspectos tan importantes como la fe (estamos en el año dedicado a profundizar en ella y a revitalizarla en nuestra vida) y el seguir a Jesús por los caminos del mundo, incorporados a Él, que es el Camino, a través de sus sentimientos y estilo de vida (*Flp* 2, 1-1) por medio de su Espíritu Santo, y haciendo nuestras las pautas que un gran contemplativo de la Iglesia, san Juan de la Cruz, nos enseña sobre cómo vivir la fe. Tampoco podemos olvidar, habiendo recibido recientemente el doctorado, a san Juan de Ávila, que con su predicación y escritos llevó a tantas personas a la conversión y al encuentro con Dios; amigo y consejero de sacerdotes, religiosos, hombres de gobierno, gentes sencillas, jóvenes y adultos.

Así escribe el Maestro Ávila sobre la fe y la esperanza en Dios a una señora: «Asentemos nuestro corazón con esta fiducia de Dios, la cual tengamos aunque no sintamos el dulzor de las consolaciones de Dios. Porque así como la fe verdadera es la que cree sin milagros y razones, y el amor verdadero el que ama, aunque es azotado, y la verdadera paz que sufre más sin consolación, así la verdadera confianza es cuando estamos firmes y no sentimos los regalos de Dios. Confiemos un día de Dios sin que nos dé prendas y osemos esperar que nos irá bien con él, pues Él lo manda y así lo esperamos. ¿Sentímonos flacos? Esperemos en Dios, y seremos fuertes; porque los que en Dios confían mudarán fortaleza, y tomarán alas como palomas, volarán, y no faltarán (cf. *Is* 40, 31; *Sal* 54, 7)» (*Carta* 54).

Hemos de reconocer que con frecuencia nos quejamos de que Dios no nos habla, de que no le oímos, de que no nos responde. Pero es una queja la mayoría de las veces hecha a la ligera, porque en realidad Dios es Palabra, y como tal ha hablado «en muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo» (*Heb* 1, 1-2). Pero además Él es

el que toma la iniciativa en el diálogo. Todo cuanto debemos hacer no es más que «escucharle» (*Mt* 17, 5) porque en Él «nos lo ha dicho todo, y ya no tiene más que decir» (*Subida del Monte Carmelo* 2, 22, 3-5).

Además de aprender de estos grandes hombres de Dios también podemos enriquecernos mucho -tal y como nos invita Benedicto XVI- redescubriendo y estudiando los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, ahora que estamos celebrando los veinte años de su promulgación. «A través de sus páginas se descubre que todo lo que se presenta no es una teoría, sino el encuentro con una Persona que vive en la Iglesia» (cf. *Porta fidei*, n. 11). En este sentido sugerimos a todos los que oran que mediten en el marco de la primera parte del *Catecismo*, en la primera sección, el capítulo segundo, titulado “Dios al encuentro del hombre” (nn. 50-141), donde todos podemos aprender a escuchar a Dios.

Intentémoslo ahora a través del ejercicio de la *lectio divina* de esta página del evangelio que proponemos: *Mc* 10, 46-52. Seamos conscientes de que el último punto del itinerario tendrá que ser desarrollado de manera más personal, sin prisas y sin las limitaciones propias de espacio de estas líneas.

Paso I. Leer el texto y saber qué dice.

Paso II. Meditar. ¿Qué me dice a mí este texto?

Paso III. Orar. ¿Qué le quiero decir yo a Dios?

Paso IV. Actuar. ¿Cuál será mi respuesta ante lo que Dios me dice en el texto?

I. ¿Qué nos dice Dios a través de su Palabra en este texto?: En principio tendremos que reparar en los elementos que aparecen en él.

1. Jesús sale de Jericó, camino de Jerusalén (última subida).
2. Bartimeo está «al borde del camino» envuelto en su manto. Es un mendigo ciego.
3. Cuando sabe que está cerca le grita llamándole «Hijo de David» (título mesiánico) pidiendo la «compasión» del Maestro.
4. «Muchos de los presentes le increpaban para que se callara», pero él «gritaba más alto».
5. Jesús oye y se detiene. Y ordena que le llamen.
6. Los demás cambian su actitud inicial y le animan a acercarse a Jesús.
7. Bartimeo arroja lejos de sí su manto y da un salto.
8. Se establece el diálogo personal “fiducial” entre Jesús y Bartimeo.
9. La fe de Bartimeo obra el milagro.
10. Bartimeo le sigue por el camino.

Es este un hermoso decálogo donde podemos descubrir los mencionados aspectos de la fe y del seguimiento a Jesús, partiendo siempre de que es Dios el que propicia el diálogo.

II. En este encuentro nuestra pregunta por la fe la diseña Marcos con exquisita finura: Bartimeo, ciego y pobre sentado al “borde” del camino, es la viva imagen de la indigencia humana cuando no tiene fe. El “borde” del camino, del que Jesús habla en la parábola del sembrador, se corresponde con aquellos que escuchan la palabra con tal superficialidad, que fácilmente les es arrebatada por el diablo. Aquí estamos nosotros cuando no vemos más allá de nuestras narices, cuando la rutina de la vida y el desencanto nos hacen olvidar el sentido de la vida.

El hecho de que en Evangelio mencione el lugar donde se encuentra Bartimeo es interesante porque el efecto de la ceguera (no ver) impide el movimiento, y la vida por definición es movimiento. El ciego es como si no viviera, es como aquel que «teniendo ojos no ve y teniendo oídos no oye». Vivir es dejar fluir lo cotidiano como las gotas de agua de un surtidor, permitiendo que resbalen sobre nosotros con su propia alma. Para descubrir esa alma en lo cotidiano, que es el principio de la Vida, hay que estar a la espera, como Bartimeo, que esperaba a Jesús. Y un signo de que estamos a la espera es que lo cotidiano cambia dejándose descubrir por nosotros y produciéndonos un gozo inimaginable.

La vida sin fe (ceguera) es una caída libre hacia la nada, tanto más angustiada cuanto más nos invitan a prescindir de Dios los que nos rodean, en el caso de Bartimeo «muchos le increpaban para que se callara». Es lo peor que nos puede pasar, que nosotros mismos o los que nos rodean sirvamos de tropiezo en el camino de la fe de otros. Es por eso que nos necesitamos unos a otros para ayudarnos a acercarnos a Jesús y favorecer y apoyar nuestra fe. Todos somos Luz y estamos puestos para alumbrar al mundo (Mt 5, 14-16).

III. Los gritos de Bartimeo son la oración, la palabra que cada cual dirige a Jesús. Un grito que nunca es desechado o no oído. Jesús escucha y a su vez increpa: «¿Qué quieres que te haga?». Bartimeo previamente ha soltado el manto con el que se cubría y ha dado un salto, aún a riesgo de caerse y tropezar, para acercarse a Jesús. Estos son los signos de la fe:

hay que soltar el manto, es decir, nuestra manera de entender la realidad y dar el peligroso y arriesgado salto hacia lo desconocido. Juan de la Cruz lo cantará así: «Aquesta (la luz de la fe) me guiaba, más cierto que la luz del mediodía, adonde me esperaba, quien yo bien me sabía, en parte donde nadie parecía».

Una vez consumado ese proceso de desasimiento (soltar el manto) y atrevimiento (dar el salto hacia otra manera de actuar) nos encontramos como Bartimeo ante un Jesús dispuesto a darnos lo que le pidamos. Y de nuevo el insuperable Juan de la Cruz lo cantará así: «Oh, noche amable más que el alborada; oh, noche que juntaste Amado con amada, amada en el Amado transformada». Ahí, en esos versos está recogida la experiencia dialogante entre la vida personal de cada uno y Jesús. Bartimeo expresa su fe llamando a Jesús por un título mesiánico. Está convencido de que el hombre que tiene delante es el Mesías, el Salvador, lo cree a pies juntillas aunque no puede verlo, pero ¡se lo cree!

Y esta fe obra el doble milagro de abrir sus ojos para ver al que es la Luz del mundo, y, viéndole, poder empezar a caminar, frase remarcada por Marcos cuando dice que Bartimeo «al momento recobró la vista y lo seguía por el camino». Un Camino con mayúscula, porque parece ser que «ver a Jesús» (o sea, creer en Él) implica un rápido seguimiento de su persona, un incorporarse a la comitiva que acompaña al Maestro, un hacer del Camino de Jesús el propio camino personal, sin olvidar que Marcos está apuntando a Jerusalén, lugar donde tendrá lugar la Pascua, esa serie de acontecimientos que transcurren entre la oscuridad de los hechos cronológicos de la Pasión y muerte de Jesús, y el amanecer radiante y dichoso de la mañana de Resurrección, donde toda la tierra se transforma en gozo, en claridad, en fulgor, sintiéndose libre de la tiniebla que cubría el orbe entero. Así cantamos los creyentes en y con la Iglesia en la Vigilia pascual.

Las palabras de Jesús se repiten una y otra vez, machaconamente, como si supiera que somos débiles y flacos para creer: «tu fe te ha salvado». Palabras que nos evocan cantidad de lugares evangélicos donde Jesús dice

lo mismo, incluso hasta mostrar que «no pudo hacer allí ningún milagro (...), admirado de su falta de fe» (*Mc* 6, 1-6).

IV. Cada cual puede dialogar con la Palabra de Dios, desde su propia ceguera, pidiendo y buscando a Jesús: «¡Señor que vea!»; que es tanto como pedir: «aumenta nuestra fe» para que yo pueda caminar detrás de ti hasta culminar contigo mi propia Pascua, que es solo tuya.

NOTAS
